

## 1.ª EPÍSTOLA DE PEDRO

### Introducción

La primera epístola de Pedro está escrita a los creyentes de entre los dispersos de Israel que se encuentran en las provincias de Asia Menor, nombrados en el primer versículo. La segunda epístola se conoce como una segunda carta dirigida a las mismas personas, de modo que ambas iban destinadas a los judíos de Asia Menor (es decir, a aquellos que tenían la misma fe preciada que el apóstol).

### Capítulo 1

Esta epístola se basa en la doctrina del llamamiento celestial —no de la asamblea en la tierra<sup>29</sup>, que aquí no aparece—, frente a la porción terrenal de los judíos. Sí aparecen cristianos, sobre todo de entre los judíos, como peregrinos y extranjeros. La conducta adecuada para este camino obtiene un desarrollo más amplio que el elaborado para la doctrina. El Señor, siendo él mismo un peregrino y extranjero, aparece como modelo en incontables ocasiones. Ambas epístolas tratan del gobierno justo de Dios desde el comienzo hasta la consumación de todas las cosas, cuando los elementos se derretirán bajo una radiación abrasadora y surgirán cielos nuevos y una tierra nueva, donde morará la justicia. La primera epístola presenta el gobierno divino que favorece a los creyentes; la segunda, el juicio de los malvados. Sin embargo, presentada la llamada celestial es de obligado cumplimiento que el apóstol hable de la salvación, que consiste en la liberación del alma frente a la liberación temporal de los judíos.

Lo siguiente es la descripción que el Espíritu ofrece sobre estos creyentes. Son elegidos, y eso según el conocimiento previo de Dios Padre. Israel era una nación terrenal escogida por Jehová. Aquí están aquellos que fueron conocidos por el Padre. El medio por el que se lleva a cabo su elección es la santificación del Espíritu Santo. Ellos son en realidad apartados por el poder espiritual. Israel fue apartado mediante ordenanzas; en cambio, estos son santificados para la obediencia de Jesucristo y Su sangre rociada, es decir, para obedecer con la aspersion que recibieron sobre sí de Su sangre e identificarse de este modo con Dios. Israel había sido separado para obedecer la ley y por esa sangre que, si bien anunciaba la muerte como sanción de su autoridad, nunca iba a poder lavar el pecado del alma.

He aquí la posición del cristiano. El apóstol les desea gracia y paz, la porción conocida de los creyentes. Les recuerda los privilegios con que los bendijo Dios, y a él lo adora por habérselos otorgado. Los israelitas creyentes le conocían, no en el carácter de Jehová, sino como Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Lo que el apóstol presenta, como el fruto de Su gracia, es una esperanza trascendente (no la herencia de Canaán), apropiada para el hombre que vive en la tierra, y la esperanza de Israel, que sigue siendo para la nación incrédula. La misericordia los había engendrado de nuevo para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Esta resurrección les enseñaba que tenían parte en otro mundo y en el poder que los haría entrar en él, aunque el hombre hubiera quedado sometido a la muerte: entrarían por la resurrección, a través del glorioso triunfo del Salvador, para compartir una herencia incorruptible, sin mancha y no caduca. El apóstol no está hablando de nuestra resurrección con Cristo; ve al cristiano como un peregrino, alentado por el triunfo en la resurrección que le daba ánimos y le hacía consciente de un mundo de luz y de felicidad ante él y de un poder que le llevaría hasta allí. Por consiguiente, habla de la herencia «reservada en el cielo». En la epístola a los Efesios estamos sentados en los cielos en Cristo, y la herencia es la de todas las cosas de las que es heredero. Pero el cristiano

---

<sup>29</sup> Añado «en la tierra» porque la asamblea, que aún no ha terminado de edificar Jesús, la menciona el cap. 2 como un conjunto de piedras vivas sumadas a Cristo.

es, de hecho, un peregrino y un extranjero en la tierra, y un gran consuelo para nosotros, como peregrinos, ver en el horizonte esta herencia celestial de una promesa segura.

Se añade otro estimulante consuelo. Si la herencia se nos guarda en el cielo, el poder de Dios nos guarda durante toda nuestra peregrinación, para que podamos disfrutarla al final. ¡Dulce pensamiento! Somos guardados de los peligros y, por otro lado, nos espera la herencia que no puede ser profanada ni tiene posibilidad alguna de corromperse.

Pero es por unos medios morales que este poder nos guarda —así es como Pedro habla—, por la operación de la gracia que hace que el corazón retenga los objetos que lo mantienen en una relación con Dios y su promesa (cf 2P 1:4). Somos guardados por el poder divino a través de la fe (sea Dios alabado), y él la sostiene en el corazón, guardándola a pesar de todas las tentaciones de las corrupciones mundanas y llenando su afecto de las cosas celestiales. Pedro, sin embargo, ocupado siempre con los caminos divinos respecto al mundo, solo mira la participación que los creyentes tendrán en esta salvación, en esa gloria celestial cuando se manifieste, cuando por medio de ella Dios establezca su autoridad para bendecir la tierra. Será, desde luego, una autoridad celestial, pero la gloria se va a manifestar como el medio de instauración de su gobierno supremo, a fin de glorificarle y que pueda ser de bendición al mundo entero.

Es la salvación preparada para revelarse en los últimos tiempos. Nuestro apóstol dice que el juicio también. Cristo es glorificado en lo personal, ha conquistado a todos sus enemigos y ha logrado la redención; solo espera una cosa: que Dios los doblegue ante su estrado. Ha tomado su asiento a la diestra de la Majestad en lo alto porque ha conseguido glorificarle donde antes existía el pecado. Se trata de la verdadera salvación de las almas, de la reunión de las suyas, que aún no ha terminado de agrupar. Pero una vez que todos los que van a verse en esta reunión sean agrupados, no hay nada que esperar en cuanto a la salvación, respecto a la gloria en la que se manifestarán los redimidos<sup>30</sup> ni, como resultado, al juicio de los malvados que se consumará cuando Cristo se manifieste. Todo está preparado. Este pensamiento se vuelve dulcemente extraño en los días de nuestra paciencia, y es algo muy solemne cuando reflexionamos sobre el juicio.

En efecto, como dice el apóstol, nos regocijamos en grado sumo en esta salvación, a punto de ser revelada en los últimos tiempos. La estamos esperando. Un instante para el descanso y la bendición de la tierra, para la plena manifestación de Su gloria, la que él merece tras haber sido humillado y haber sufrido por nosotros; el momento en que la luz y la gloria de Dios iluminen el mundo, atando primero el mal y ahuyentándolo después.

Tal es nuestra porción, un abundante gozo en la salvación que está a punto de revelarse y en la que podemos regocijarnos, aunque sea necesario tener que experimentar dolor en las diversas tentaciones momentáneas, durante un breve espacio de tiempo, una leve aflicción que pasa y que únicamente llega si hace falta superar la incalculable prueba de la fe, que debe tener su resultado en alabanza, honor y gloria cuando se manifieste Jesucristo, a quien esperamos. Este es el fin de todos nuestros sufrimientos y pruebas, transitorios y leves como son en comparación con el amplio surtido de la gloria eterna y excelente a la cual conducen, de acuerdo con la sabiduría divina y la necesidad de nuestras almas. El corazón se adhiere a Jesús; él se manifestará.

Le amamos, aunque nunca le hayamos visto. En él nos regocijamos con un gozo indescriptible y glorioso. Este gozo se propone moldear los corazones, consolarlos y llenarlos de alegría pese a cómo nos va. Para ellos, es él quien los inunda de gloria. Por gracia, seré glorificado, poseeré la gloria, pero amo a Jesús, mi corazón está sediento de su presencia y desea verle. Seremos como él, perfectamente glorificados. El apóstol lo expresa con las palabras

---

<sup>30</sup> La doctrina de la reunión de los santos con Jesús, cuando van a encontrarse con él en el aire, no forma parte de las enseñanzas de Pedro más de lo que lo constituye la asamblea sobre la tierra, con la que sí está relacionada su doctrina. Habla de la manifestación de los santos en la gloria solo porque se ocupa de los caminos divinos en el mundo, a pesar de hacerlo tomando el cristianismo como referente.

inefable y lleno de gloria. El corazón no puede desear nada más, y si es necesario que pasemos por algunas aflicciones leves, las soportaremos con gusto, pues constituyen el medio de formarnos para la gloria. Nos regocijamos al pensar en la manifestación de Cristo, porque cuando le recibamos, sin haberle visto, en el corazón obtendremos la salvación de nuestras almas. Este es el objeto y el fin de la fe, mucho más preciada que las liberaciones temporales que Israel disfrutó, aunque hubieran sido muestras del favor divino.

El apóstol sigue exponiendo las tres etapas sucesivas de la revelación de esta gracia salvífica: la liberación completa y total de las consecuencias, de los frutos y de la miseria del pecado; las profecías, el testimonio del Espíritu enviado del cielo, y la manifestación de Jesucristo, cuando la liberación una vez anunciada se haya cumplido.

Es interesante ver cómo el rechazo del Mesías, que para las esperanzas judías fue anunciado de antemano por los profetas, no pudo por menos que dejar paso a una liberación que conlleva la salvación del alma. Jesús ya no era visible, la porción terrenal no obtuvo cumplimiento en su primera venida y la salvación tuvo que postergarse al último tiempo. Así, se hizo pública una salvación cuya importancia acabaría poniendo de relieve la gloria que estaba a punto de revelarse, dado que era el gozo espiritual del alma en un Jesús celestial invisible que en su muerte había cumplido la expiación por el pecado, y en su resurrección —de acuerdo con el poder del Hijo de Dios— había hecho engendrar la vida para una esperanza viva. Esta salvación y verdadera liberación se recibieron por fe. Todavía no eran la gloria y el reposo, la salvación ciertamente ocurriría cuando Jesús apareciera; mientras, el alma ya gozaba por la fe de este descanso perfecto y también de la esperanza gloriosa.

Ahora bien, los profetas habían anunciado la gracia que tenía que cumplirse para los creyentes y que ahora transmitía al alma el gozo de esta salvación. Habían indagado en sus profecías, recibidas por inspiración divina, para entender qué hora y qué clase de tiempo indicaba aquello que el Espíritu testificó de antemano acerca de los sufrimientos de Cristo y las glorias que llegarían. Porque el Espíritu hablaba de estas cosas por medio de los profetas, y de resultas significaban más que una simple liberación temporal en Israel, puesto que el Mesías tenía que sufrir. Descubrieron que no eran para ellos, ni para su tiempo, las verdades que el Espíritu de Cristo anunció relacionadas con el Mesías, sino para los cristianos. Pero estos, al recibir la salvación del alma por la revelación de un Cristo sentado en el cielo, que tras haber sufrido volvería en su forma glorificada, no han recibido las glorias que se habían revelado a los profetas. Han sido solo informados, sobre esas y otras cuestiones, con divina sencillez por el Espíritu Santo enviado del cielo, pero este no otorga la gloria en la que el Señor se manifestará, sino que solamente la declara. Por tanto, los cristianos tenían que ceñirse los lomos del entendimiento, permanecer sobrios y esperar hasta el final la gracia que, en efecto, se les transmitiría con la revelación de Jesucristo. He aquí las tres fases de los tratos divinos: la predicción de los sucesos relacionados con Cristo que trasponen las bendiciones judías; las cosas declaradas por el Espíritu, y el cumplimiento de lo prometido cuando el Señor se revele.

Lo que el apóstol explica es una participación en la revelación de la gloria cristiana, en esa salvación de la que habían hablado los profetas y que debía ser factible el último día. Mientras tanto, Dios había engendrado de nuevo a los judíos creyentes a una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, y por medio de sus sufrimientos les había hecho comprender que, desde ese instante en que esperaban la revelación de la gloria, ya disfrutaban de la salvación del alma, conscientes de que ante dicha gloria se esfumaban las liberaciones israelitas y caían en el olvido. De hecho, era la salvación «lista para ser revelada» en toda su plenitud, pero hasta ahora solo la poseían con respecto al alma. Al no ir unida con la manifestación de la gloria terrenal, esta salvación tenía un carácter más espiritual. Por lo tanto, debían ceñirse los lomos mientras esperaban que Jesús se manifestara, aceptar con agradecimiento que estaban en posesión del fin de su fe. Tenían su relación con Dios.

Al anunciarse estas cosas por el ministerio de los profetas, Dios pensaba ante todo en los cristianos. La función que tenía la gracia era la de comunicarse a los creyentes a su debido tiempo; mientras, para el alma y la fe el Espíritu Santo daba testimonio de todo, y debía poder

fijar la atención en la revelación de Jesucristo. La resurrección, la garantía de que iban a cumplirse las promesas, y el poder de la vida para gozarlas, los había engendrado nuevamente para una esperanza viva, pero el derecho a disfrutar del resultado de estas promesas se fundamentaba en otra verdad. A esta conducen las exhortaciones. Los cristianos debían andar como hijos obedientes, sin hacer caso de los deseos que los habían dominado durante el tiempo de su ignorancia. Llamados por Aquel que es santo, habían de ser santos en todas sus relaciones, como estaba escrito. Si clamaban al Padre que, indistintamente de la pretensión humana de hacerse respetar, evaluaba la obra de cada cual, tenían que vivir los días de su peregrinaje con temor.

Observemos que no se está hablando del juicio final del alma. El Padre no juzga a nadie, sino que ha encomendado todo juicio al Hijo. Lo que se expone es el juicio cotidiano del gobierno divino en el mundo ejercido con respecto a los hijos. Por eso dice «el tiempo de su peregrinaje». Es un juicio aplicado a la vida cristiana. La mención del temor no plantea ninguna inseguridad en cuanto a la salvación y la redención, sino que se trataba de un temor fundado en la certidumbre de que uno está redimido, que el inmenso precio y valor infinito de los medios que fueron empleados en nuestra redención —la sangre del Cordero, sin mancha y contaminación—, son un motivo para temer a Dios durante el peregrinaje. Hemos sido redimidos a costa de la sangre de Jesús de nuestra vana manera de vivir. ¿Podemos todavía andar según los principios de los que él nos ha liberado? Tal precio de nuestra libertad exige que caminemos con circunspección delante del Padre, con quien deseamos mantener nuestro trato privilegiado y relación espiritual.

El apóstol aplica esta verdad a los cristianos a los que escribe. El Cordero había sido ordenado en los designios divinos antes de la creación del mundo, pero se manifestó a los creyentes en los últimos tiempos. Son presentados en su carácter genuino y creen en Dios por medio del Cordero, no mediante la creación, en la que también creían. Aunque la creación sea un testimonio de Su gloria, no da paz a la conciencia ni habla de un lugar celestial, ni lo hace a través de la Providencia, que a pesar de que controla todo deja el gobierno divino muy velado. Tampoco testifica de la revelación divina en el monte Sinaí, del nombre de Jehová ni del terror relacionados con una ley vulnerada: lo hace por medio de Jesús, el Cordero, a quien creemos; fijaos que no dice *en él*, sino que creemos en Dios *por él*. Conocimos a Dios cuando éramos pecadores y estábamos muertos en nuestros pecados y delitos, y como nos amaba nos dio a este precioso Salvador para que descendiera a la muerte en la que estábamos, asumiera la posición en que yacíamos bajo el juicio y muriese como el Cordero del dios que después le resucitó de los muertos por su poder y le glorificó. Un Dios-Salvador ejerce su poder a nuestro favor y creemos en Jesús para que la fe y esperanza se mantengan. No se habla de creer en algo poniendo a Dios como referente, sino en Dios mismo. ¿Surgirá alguna causa de temor o desconfianza si nuestra fe y esperanza están en él? Esto lo cambia todo. El aspecto bajo el que contemplamos la deidad está cambiado, y este cambio se basa en lo que su justicia establece al aceptarnos limpios de todo pecado, y en su amor, que nos bendice perfectamente en Jesús.

Esto nos sitúa en la relación más íntima con el resto de redimidos, objetos de igual amor lavados por la sangre de idéntico valor, restituidos por el mismo Cordero y transformados, purificados los corazones por el Espíritu, en los objetos de un amor tierno y fraternal no fingido. Ellos son nuestros hermanos; amémoslos, pues, con fervor y corazón puro. Este amor se basa en otro principio esencialmente vital. Es una nueva naturaleza que actúa movida por este cariño. Si somos redimidos por la preciada sangre del Cordero incólume, nacemos de la semilla incorruptible de la palabra de Dios, que vive y permanece eternamente. Porque la carne no es más que hierba, y la gloria humana como su flor. La hierba se seca y se marchita la flor, pero la palabra del Señor permanece. Esta es la palabra del evangelio que se nos ha predicado, un principio de bendición eterna. Los creyentes no han nacido de la carne para disfrutar de derechos y bendiciones temporales como judíos, sino de una semilla incorruptible, de un principio de vida tan inmutable como la palabra de Dios. El profeta se lo había dicho al pueblo tratando de consolarlos: toda carne, la propia nación, no era más que hierba marchita. Él era inmutable, y la Palabra, que con su certeza irrefutable garantizaba bendiciones divinas a los

objetos de Su favor, hizo que el corazón engendrara una vida tan inmortal e inmarcesible como la palabra que la origina.

## Capítulo 2

Así purificados y nacidos por la Palabra, debían pasar por alto todo hecho fraudulento, hipocresía, envidia, calumnia y, como hijos engendrados, procurar esa leche del conocimiento para crecer gracias a ella; la palabra es el alimento del hijo, la semilla que le da vida, y debemos recibirla, como recién nacidos, con toda humildad si realmente hemos conocido que el Señor es bueno y está lleno de gracia. En el Sinaí, Dios declaraba su ley desde el fuego, de manera que suplicaban no volver a escuchar su voz; pero no es el sitio donde yo he sido llevado. Si he constatado y comprendido que el Señor obra con gracia y que es todo amor hacia mí, que su palabra es la expresión de esta gracia y la comunicación de la vida, desearé alimentarme de esta leche del conocimiento que el creyente disfruta en su justa ración, de esta buena palabra que me anuncia nada más que gracia y al Dios que necesito lleno de ella, revelándoseme bajo un aspecto que nunca puede dejar de mostrarme y haciéndome partícipe de su santidad.

Conozco al Señor, he constatado lo que él es. Sale aquí la mención del contraste con la condición de legalidad del judío, aunque tenga que ver únicamente con el cumplimiento de lo que declaran los Salmos y los profetas; pero además está la resurrección, que había revelado a las claras una esperanza celestial. Ellos eran casa espiritual, un sacerdocio santo. Llegaron a la Piedra Viva rechazados por los hombres, pero fueron escogidos y apreciados por Dios, edificándose en él como piedras vivas. El apóstol se deleita en la palabra «viva». El Padre le había revelado que Jesús era el Hijo del Dios vivo. Nadie más lo había confesado así, y el Señor le dijo que en esa roca (es decir, en la Persona divina manifestada en la resurrección, declarada como tal por el poder de la vida), edificaría su asamblea. Pedro, por su fe, participaba de la naturaleza de esta roca viviente. En el versículo 5 hace extensible este carácter a todos los creyentes, y exhibe la santa casa edificada en la Piedra Viva que Dios mismo había puesto como la principal piedra angular, elegida y preciosa. Los que creían en ella no iban a ser confundidos<sup>31</sup>.

Ahora bien, no solo a ojos de Dios era preciosa esta Piedra, sino a los ojos de la fe que, por débiles que fueran sus poseedores, veían lo que Dios ve. Para los incrédulos, esta piedra era de tropiezo y ofensa. Tropezaron con la palabra y desobedecieron, a lo cual estaban destinados, pero no dice que lo estuvieran a pecar ni a la condenación, sino que la raza judía rebelde y contumazmente alzada estaba destinada a encontrar en el Señor de gracia una roca de ofensa, a tropezar y caer con aquello que para la fe era una preciosa salvación. Fue esta caída, concretamente, en la que quedó confinada su incredulidad.

Los creyentes, por el contrario, entraron en el gozo de las promesas dadas a Israel del modo más excelente. La gracia y la propia fidelidad de Dios habían conducido al cumplimiento de la promesa en la persona de Jesús, el ministro de la circuncisión, a la verdad que consumaba las promesas hechas a los padres. Y aunque la nación le hubiera rechazado, él no privaría de estas bendiciones a quienes, pese a todos los impedimentos que mostraran la fe y el corazón, se habían sometido a su obediencia y sumado al despreciado de la nación. No podían poseer la bendición israelita junto con la nación, ya que esta había incurrido en el rechazo; sin embargo,

---

<sup>31</sup> En este pasaje (y este únicamente), Pedro toca la doctrina de la asamblea comparándola con un edificio, no con un cuerpo o una esposa, lo que Cristo edificaba, no lo que estaba unido a él. Pablo también lo enseña en Ef 2:20. Desde este punto de vista, aunque la obra cristiana continúe en la tierra, es un proceso duradero. No hay ninguna referencia a instrumentos humanos: «edificaré», dice Cristo; «crece», dice Pablo; «se suman unas piedras vivas», afirma Pedro. No debe confundirse con el edificio que los hombres construyen con madera, heno y rastrojos, aunque lo que Dios estableció como bueno y dejó a la responsabilidad del hombre pronto se corrompió. Los individuos se edifican por gracia y se convierten en un templo santo. Todo esto nos retrotrae a Mt 16. La responsabilidad del servicio humano a este respecto se encuentra en 1Co 3, donde la asamblea se expone desde otra perspectiva. El cuerpo era otra cosa, cuya doctrina se enseña en Ef 1-4; 1Co 12 y otros pasajes.

fueron llevados a la relación con Dios de un pueblo que él había aceptado. El carácter celestial que asumía ahora la bendición no minaba la aceptación que les hacía la promesa; únicamente los últimos entraron en ella por gracia. La nación, por definición, la había perdido; no solo hacía ya mucho, y por desobedecer, sino por rechazar al que vino a comunicarles el efecto de esta promesa.

El apóstol, por tanto, aplica el carácter de nación santa al remanente elegido, invistiéndolos de los títulos otorgados en Éxodo 19 a condición de obedecer, y esta vez en relación con el Mesías, dado que el disfrute de estos títulos se basaba en la obediencia, y ellos adquirirían sus derechos por la fe en él.

Los privilegios del remanente creyente se basan en el Mesías; sin embargo, el apóstol va más allá y trasvasa para ellos las declaraciones de Oseas sobre Israel y Judá, cuando estas casas sean restablecidas en la plenitud de la bendición en el último tiempo y entonces gocen de las relaciones con Dios llevados por la gracia.

«Sois una generación elegida, un real sacerdocio, un pueblo comprado». Son casi las mismas palabras que Éx 19. Continúa diciendo: «... los que en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; quienes en otra época no habíais alcanzado misericordia, ahora la habéis alcanzado». Estas son palabras de Os 2. Nos presentan, del modo más interesante posible, el principio en el que se fundamenta la bendición. En Éxodo, el pueblo podía tener esta bendición si obedecía exactamente la voz de Dios. Pero Israel no obedeció, fue rebelde y contumaz, siguió a dioses extraños y rechazó el testimonio del Espíritu; sin embargo, después de su infidelidad, Dios puso en Sion la principal piedra angular, y quien fuera a creer en ella no quedaría confundido. Cuando Israel fracasó en todos los sentidos, y negando la condición de obedecer perdieron sus privilegios, la gracia de Jesús les otorgó lo que se les había prometido al principio si obedecían. De esta manera todo quedaba asegurado para ellos.

La cuestión de la obediencia quedó resuelta, en cuanto a la desobediencia de Israel, por la gracia y la obediencia de Cristo, el fundamento que Dios puso en Sion. Pero este principio de gracia que sobreabunda al pecado, que muestra lo incapaz que es la desobediencia de frustrar los planes divinos —la gracia vino tras cumplirse la desobediencia—, lo confirma la cita de Oseas de un modo resuelto, llamativo y reconfortante para el pecador convencido. En este pasaje del profeta, Israel no solo aparece culpable, sino juzgado. Dios había declarado que no tendría más misericordia, respecto a ejercitar su paciencia, con las diez tribus, y que en el juicio del Judá infiel ellos no eran ya su pueblo. Pero después de ejecutar este juicio, vuelve a sus propósitos irrevocables de gracia y alienta a Israel como esposa abandonada ofreciéndole, como una puerta abierta a la esperanza, el valle de Acor, el valle de la angustia donde Acán fue lapidado y se ejecutó el primer juicio sobre la nación desleal, tras su entrada en la tierra prometida. El juicio se convierte en gracia, y Dios renueva sus principios con la estirpe israelita. Era como si hubieran salido otra vez de Egipto, pero sobre un principio totalmente nuevo. Él contrae esponsales con ellos fundamentados en la justicia, el juicio, la gracia y la misericordia, y todo se transforma en bendición. Entonces los llama *Ruhama*, «objeto de misericordia», y *Ammi*, «mi pueblo».

Estas son, pues, las expresiones que usa el apóstol, aplicándolas al remanente que creyó en Jesús, piedra de tropiezo para la nación, pero la principal y angular de Dios para el creyente. Así se elimina la condición. En su lugar tenemos bendición después de la desobediencia, y tras el juicio la plena gracia de Dios, fundada, en su aplicación a los creyentes, en la Persona, la obediencia y la obra cristiana.

Es conmovedor ver la expresión de esta gracia en la palabra *Acor*. Se trataba del primer juicio en Israel en la tierra de promisión, por haber profanado lo que estaba prohibido. Y ahí tenemos esta esperanza, tan cierta como que la gracia triunfa sobre la justicia. Es lo que ha sucedido de la forma más llamativa en Cristo. El juicio divino se convierte con él en la puerta de la esperanza, y la culpa y el juicio han quedado para siempre olvidados.

Dos aspectos de la vida cristiana, que manifiestan el poder espiritual, arrojan su resultado en el doble sacerdocio, en el que uno de estos aspectos responde a la posición que ocupa actualmente Cristo en lo alto, y el otro, de forma anticipada, a la manifestación de su gloria

terrenal: los sacerdocios de Aarón y Melquisedec. Él está dentro del velo según el tipo de Aarón, pero en adelante es un sacerdote sentado en su trono en la manifestación pública de su gloria terrenal. Así es como los santos ejercen un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales de alabanza y acción de gracias. ¡Dulce privilegio del cristiano, llevado tan cerca de Dios como ha resultado posible! Persuadido de ser aceptado, le ofrece sus sacrificios por medio de Jesús.

Esta primera parte de la vida cristiana está llena de vitalidad y es más extraordinaria que su segunda parte, dado que es el reflejo de sus rasgos en la tierra; extraordinaria porque, en su ejercicio, estamos en una relación inmediata con el objeto divino de nuestros afectos. Estos sacrificios espirituales son el reflejo, por la acción del Espíritu Santo, de la gracia que gozamos, de aquello que el corazón devuelve a Dios empujado por los dones excelentes de los que somos objeto y por el amor que los ha ofrecido. El corazón refleja, mediante el poder espiritual, todo lo que se le ha revelado por gracia, adorando al Autor y Dador de todos según el conocimiento que tiene de él, y gracias a estos medios, le alaba por los frutos de la Canaán celestial, la tierra que el alma cruza en ofrenda a Dios para dirigirse a su presencia y adorarle. Este es el sacerdocio santo según la analogía de la casta de Aarón, y del templo de Jerusalén que Dios ocupó como casa.

El segundo sacerdocio del que habla el apóstol es para mostrar las virtudes del que nos sacó de las tinieblas para llevarnos a su luz admirable. Su descripción se extrae, como vimos, de Éx 19. Es una generación escogida, una nación santa, un real sacerdocio. Aludo al sacerdocio de Melquisedec para mostrar las características de un sacerdocio de reyes. Los sacerdotes judíos podían acercarse a Dios. Él había formado al pueblo para sí y estos debían mostrarle sus virtudes y alabanzas, como lo hará Cristo en el día de su gloria. El cristiano está llamado a hacerlo ahora y a reproducir a Jesús en el mundo.

Veréis que el primer capítulo de la epístola presenta al cristiano animado por la esperanza, mas pasando por la inestimable prueba de la fe. El segundo capítulo le muestra en sus privilegios dentro de un sacerdocio santo y real, después de haber sido probada su fe.

Comienzan las exhortaciones. Sean cuales fueren los privilegios del cristiano, se le contempla en su posición peregrinando sobre la tierra; y, como hemos visto, el constante gobierno divino sobre él es el objeto que viene a la mente del apóstol. Primero les advierte, respecto a su forma específica, de las fuentes de las que surgen toda clase de inmoralidades, que en la escena gubernamental deshonrarían el nombre de Dios y acarrearían el juicio.

Su forma de vivir había de ser elogiada entre los gentiles. Los cristianos portaban escrito el nombre de Dios. La mente humana, hostil a este nombre, trató de deshonrarlo atribuyendo a los cristianos la mala conducta que los hombres seguían sin remordimiento alguno, al tiempo que alegaba que aquellos no cometían los mismos excesos que estos. Los cristianos tenían que continuar por un camino de fidelidad. El día en que Él visitara a los hombres, estos calumniadores, con la voluntad rota y el orgullo abatido por la visitación divina, serían llevados a confesar, acuciados por las buenas obras de los cristianos que alcanzaron sus conciencias pese a las calumnias infundadas, que Dios había estado actuando en esa comunidad y había estado presente con ellos.

Tras esta exhortación general, breve pero importante para los creyentes, el apóstol pasa a ocuparse de su camino por un mundo en el que, por una parte, Dios vela por todos dejando que sufran a causa de la justicia y el nombre cristiano, y por otra, evitando que lo hagan por culpa de sus malas acciones. El camino del creyente está pautado. Se sujeta por amor al Señor a las leyes e instituciones humanas. Da honor a los hombres, a cada uno el que le corresponde, para que nadie tenga ningún reproche que hacerle. Se muestra sumiso con sus amos, incluso si son malos, cediendo ante sus malos tratos. Si se sometiera solamente a lo buenos y a los de trato agradable, un esclavo del mundo haría lo propio, pero si habiéndose portado bien sufre y lo soporta todo con paciencia, esto es aceptable a Dios y una gracia. Fue así como Cristo actuó, por lo que se nos llama a hacer lo mismo. También él sufrió y nunca respondió con reproches ni amenazas a quienes le incordiaban, sino que se encomendó al que juzga con rectitud. Somos suyos. Él ha sufrido por nuestros pecados para que, habiendo sido liberados de ellos, vivamos

para Dios. Estos cristianos judíos eran ovejas extraviadas<sup>432</sup> devueltas al Pastor y obispo de sus almas. ¡Con qué abundancia muestran las exhortaciones del apóstol que el cristiano no es de este mundo, sino que tiene marcado su camino! Es el camino de la paz.

### Capítulo 3

De igual manera debían las esposas sujetarse a sus maridos con toda modestia y pureza, a fin de que este testimonio producido por el efecto que tiene la palabra, causado por los frutos, hablara por su boca si ellos no las escuchaban. Tenían que confiar con paciencia y mansedumbre en la fidelidad de Dios, sin alarmarse al percibir el poder de los adversarios (cf Fil 1:28).

Asimismo, los maridos habían de convivir con las esposas, dejar que gobernara sus afectos y relaciones el entendimiento cristiano, no el arrebató, honrándolas y caminando con ellas como coherederas de la gracia de la vida.

Finalmente, todos debían andar en un espíritu de paz y bondad, mostrando en los tratos con los demás la bendición de la que eran herederos, el espíritu que debían abrigar siempre. Al hacer el bien y gobernar la lengua por temor al Señor, evitando el mal y buscando la paz, gozarían la quietud de la vida bajo la mirada de Dios. Los ojos del Señor están sobre los justos y Sus oídos abiertos a sus oraciones, pero Su rostro está vuelto para los que hacen el mal. ¿Y quién, además, iba a perjudicarlos si seguían el bien?

Este es, pues, el gobierno de Dios, el principio según el cual él supervisa el curso del mundo. Sin embargo, no es un gobierno que impida directamente el avance del mal, cuyo poder impera en la tierra. Los que se sienten impulsados a cometerlo muestran su hostilidad con los justos y utilizan este temor que Satanás puede infligirles. Pero al cederle al Señor un sitio en el alma, el temor que el enemigo provoca pierde su fuerza. ¿Temblará ante el enemigo el corazón consciente de la presencia de Dios? He aquí el secreto de la integridad y la paz tras confesar a Cristo. Los instrumentos del adversario intentan apartarnos y abrumarnos con sus pretensiones, pero el discernimiento de la presencia divina las aleja y anula su poder. Confiando en que Dios está presente, estamos listos para responder a aquellos que preguntan la razón de nuestra esperanza con humildad y una santa reverencia exenta de frivolidades. Por todo ello, es necesario tener una buena conciencia. Mostremos mala conciencia ante Dios y él podrá apiadarse y perdonarnos, pero si la defendemos no podremos resistir al enemigo, le tendremos miedo. Por un lado, temeremos su maldad; por otro, habremos perdido la facultad de discernir la presencia y la fuerza divinas. Cuando caminamos ante el Señor, no tememos nada; el corazón se siente liberado. No vale entonces pensar en nosotros, sino en Él, así los adversarios se sienten abochornados al acusar con mentiras a los de una conducta intachable, contra los que no se puede demostrar nada excepto la calumnia de parte de los difamadores.

Puede que Dios vea que es bueno que suframos. Si es así, es mejor sufrir por causa del bien que por causa del mal. El apóstol ofrece una razón que nos llega al alma: Cristo ha sufrido por los pecados una sola y única vez; suframos, pues, por causa de la justicia. Sufrir por el pecado era su deber, lo logró, y con una validez eviterna. Fue muerto en cuanto a su vida en la carne, pero vivificado por el poder del Espíritu.

El pasaje que viene ahora ha ocasionado problemas de comprensión a los lectores de las escrituras, pero me parece fácil de entender si sabemos ver el objetivo del Espíritu de Dios. Los judíos esperaban un Mesías corpóreo que liberara la nación y los exaltara a la cima de la gloria terrenal. Pero él no se presentó de esta manera, ya lo sabemos, y los judíos creyentes tuvieron que soportar las burlas y el odio de los incrédulos por confiar en un mesías ausente que no había traído ninguna liberación al pueblo. Los creyentes poseían la salvación del alma y conocían al Jesús celestial, pero a los descreídos no les importaba eso. Entonces, el apóstol cita el testimonio

---

<sup>32</sup> Una alusión, supongo, al último versículo del Salmo 119. El apóstol lleva continuamente a los judíos cristianos al terreno del bendito remanente, convirtiéndolo en una salvación para las almas.



de Noé. Los judíos eran poco numerosos y poseían a Cristo solo a través del Espíritu. Por el poder de este Espíritu, él había resucitado de entre los muertos. Fue por este mismo poder espiritual que había ido, sin estar corporalmente presente, a predicar en Noé; el mundo a la sazón era desobediente —como los judíos en tiempos del apóstol—, y solo ocho almas pudieron salvarse entonces, como el pequeño rebaño de creyentes aquí formado. Pero los espíritus de los desobedientes estaban en prisión porque no obedecieron a Cristo, que estuvo entre ellos a través de su Espíritu en Noé. La longanimidad de Dios esperó, como ahora, a la nación judía, pero con el mismo resultado de siempre. Así les ha ido.

Esta interpretación —y es preferible suponer que el Espíritu de Cristo predicó a las almas confinadas en el Hades desde el diluvio—, la confirma la reflexión del Génesis: «no contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años». Es decir, que su Espíritu tendría que bregar aún, en el testimonio de Noé, durante no más de ciento veinte años. Ahora bien, sería extraordinario que para esas personas solamente —a ellas se refiere— tuviera que dar testimonio después de que muriesen. Fijémonos que con esta expresión (el Espíritu de Cristo en Noé) usamos una frase conocida de Pedro, porque él es quien dijo que el Espíritu de Cristo estaba en los profetas.

Esas almas están en prisión, dado que no escucharon al Espíritu cristiano en Noé (2P 2:5-9). A esto añade el apóstol la comparación del bautismo con el arca, donde el patriarca se salvó en mitad de las aguas diluviales. También nosotros nos salvamos en ellas, ya que el agua del bautismo tipifica la muerte de la manera que el diluvio la condenación del mundo. Cristo ha pasado por la muerte y ha resucitado. Entramos en ella por el bautismo, en el arca, puesto que él sufrió por nosotros y salió de la muerte resucitando, como Noé surgió del diluvio para comenzar una nueva vida en un mundo resurgido de las aguas. Tras pasar por la muerte, se expiaron los pecados, y al pasar por ella en espíritu los dejamos atrás, como Cristo hizo por nosotros al resucitar, sin los pecados que dejó expiados en la cruz. Eran los nuestros, los poseíamos. Pasamos por la muerte en espíritu y en figura mediante el bautismo. La fuerza que transmite paz en medio de todo este asunto es la resurrección de Cristo después de cumplida la expiación, por cuyo resurgimiento poseemos una buena conciencia. Esto es lo que los judíos tenían que aprender. Él había subido al cielo, y todos los poderes y principados le estaban sometidos, sentado a la diestra divina. Así que no tenemos un mesías terrenal, sino una buena conciencia y un Cristo celestial.

#### Capítulo 4

Desde los versículos iniciales de este nuevo capítulo hasta el final del versículo 7, el apóstol sigue hablando de los principios generales del gobierno divino y exhorta al cristiano a que actúe movido por ellos, pues le motivarían a abandonar un camino que este gobierno condena, a la espera del juicio del mundo de parte del Cristo al que servía. Como vimos al final del capítulo anterior, el Señor glorificado estaba listo para juzgar, y quienes se exasperaban con los cristianos y se dejaban guiar por sus pasiones, sin preocuparse del juicio venidero, tendrían que rendir cuentas al Juez que se negaron a poseer como Salvador.

Los cristianos sufren por razón de la justicia, en relación con el gobierno y el juicio divinos. La causa era que ellos habían aceptado al Salvador y le seguían, al que el mundo y la nación rechazaron, y daban santos pasos de peregrinos y extranjeros abandonando la corrupción reinante. Caminando en paz y siguiendo el bien, evitaron en cierta medida los ataques, y los ojos de Aquel que mira desde lo alto todas las cosas estaban sobre los justos. Sin embargo, en las relaciones de la vida cotidiana y con las personas es posible que tuvieran que sufrir y soportar flagrantes injusticias. El tiempo del juicio aún no había llegado. Jesús estaba en el cielo; había sido rechazado en la tierra, y la parte del cristiano era seguirle. El tiempo de la manifestación de Su gobierno vendría acompañado del juicio que él ejecutaría. Mientras tanto, el camino de estos santos proporcionaba el modelo que aprobaba el Dios del juicio.

Tenían que practicar el bien, sufrir por ello y ser pacientes. Esto era de mucho agrado para Dios, pues era lo que Cristo hizo. Mejor que sufrieran por hacer las cosas bien que por hacerlas mal. Él había llevado nuestros pecados y sufrido por ellos, el justo por los injustos, para que estando muertos a los pecados viviéramos a través de la justicia para ser llevados a Dios. Ahora está en lo alto, listo para juzgar. Cuando venga el juicio, los principios de su gobierno prevalecerán.

El comienzo de este capítulo precisa de un comentario más detallado. La muerte de Cristo se aplica aquí a la muerte práctica de los pecados, un estado contrapuesto a la vida de los gentiles.

En la cruz —el apóstol alude al versículo 18 del capítulo anterior—, Cristo sufrió por nosotros en la carne. Murió, en realidad, en lo que a su humanidad se refiere. Debemos armarnos de su mente y no permitir ninguna actividad de la vida o de las pasiones que satisfagan la voluntad del viejo hombre, sino sufrir sin ceder nunca a los deseos de la carne. Las acciones pecaminosas nos mueven a hacer la voluntad carnal y a cumplir los deseos del hombre vivo en este mundo. Cuando la carne actúa, su principio se muestra activo, por lo que no debemos sino obedecer la voluntad de Dios como origen de nuestra vida moral. Más aún, si conocemos el bien y el mal y tenemos la voluntad de la carne no sometida, o tomamos la voluntad divina como nuestra única referencia o actuamos controlados por la otra, ya que esta siempre la tendremos.

Cristo prefirió morir y sufrir todas las cosas antes que renunciar a obedecer. Murió así al pecado, que nunca, en ningún momento, pudo entrar en su corazón. Tentado hasta el extremo, eligió morir y no desobedecer, aunque la muerte estuviera caracterizada por la ira contra el pecado y el juicio. Amarga como era la copa, la bebió antes que negarse a cumplir la suma voluntad del Padre y glorificarle. Perfecto en extremo y tentado, la tentación (no había ninguna en él) siempre quiso asaltarle y entrar, pero se mantuvo fuera, incapaz de hallar un gesto de su voluntad que favoreciese sus ataques. Jesús obedeció y llevó a la perfección los pensamientos divinos como hombre. Al morir y sufrir en la carne, terminó para siempre con el pecado y entró en su descanso eterno después de haber sido probado hasta lo sumo, tentado en todo de manera similar a la nuestra<sup>5,33</sup> con la prueba de la fe y los conflictos de la vida espiritual.

Lo mismo sucede con respecto a nuestra vida cotidiana. Si sufro en la carne, desde luego la voluntad carnal no entra en acción y la carne está prácticamente muerta; no tengo nada más que ver con los pecados<sup>6,34</sup>. Entonces, terminamos con ella, nos liberamos y somos aliviados. Si nos contentamos con sufrir, la voluntad no actúa, el pecado no asoma (en cuanto a los hechos) y el sufrimiento no es un acto volitivo, dado que la gracia, apostada tras la mente cristiana del hombre nuevo, obra con firmeza y nos libera de la acción del viejo hombre. Descansamos de él; hemos terminado con todo para no vivir el resto de nuestra vida en la carne ni conforme a los deseos humanos, sino según la voluntad de Dios, que el nuevo hombre cumple.

Es suficiente con haber pasado el último tiempo de nuestra vida —habla a los cristianos de la circuncisión— haciendo la voluntad de los gentiles y cometiendo los excesos que los hacían adictos. Ellos se sorprendían de que nos negáramos a hacer lo mismo, y hablaban mal de nosotros. Pero los creyentes tenemos que rendir cuentas a quien está listo para juzgar a los vivos y a los muertos. Los judíos estaban acostumbrados a juzgar a los vivos, porque formaban el centro del gobierno de Dios. El juicio de los muertos, con el que estamos más familiarizados, no se les había revelado aún de manera definitiva. Sin embargo, eran responsables de dicho juicio porque con este objeto se les dio las promesas en vida, a fin de que, o bien pudieran vivir en el espíritu, o bien ser juzgados como personas responsables de lo que habían cometido en la carne. Un resultado u otro se produciría en quien oyera las promesas. Por tanto, para los judíos el juicio de los muertos se llevaría a cabo en relación con las promesas recibidas, ya que el testimonio

---

<sup>33</sup> Somos tentados por nuestros propios deseos. Cristo conoció nuestras tentaciones, pero no había nada en él que pudiera inducirle a errar ni a reaccionar ante ellas.

<sup>34</sup> Pedro se basa en el resultado; Pablo, como es habitual en él, va a la raíz (Ro 6).

divino sometía a todos los que escuchaban bajo una responsabilidad, para que fueran juzgados como personas que debían rendir cuentas a Dios de su conducta en la carne, a menos que abandonaran la posición de una vida carnal, vivificados por el poder de la Palabra, y escaparan gracias a la vida espiritual que habían recibido.

Se acercaba el fin. El apóstol, hablando del principio de la responsabilidad acerca del testimonio de Dios, llama la atención de los creyentes al pensamiento solemne del fin de todas las cosas en que se apoya la carne. El final estaba cerca.

He aquí que Pedro presenta, no la venida del Señor a recibir a los suyos, ni su manifestación con ellos, sino ese instante de suma ratificación de los caminos de Dios, cuando todo refugio de la carne desaparezca y la mentalidad del hombre perezca para siempre.

En cuanto a las relaciones del gobierno divino con el mundo, la destrucción de Jerusalén tenía una enorme importancia, porque si bien no significó su fin destruyó la misma sede de su gobierno terrenal, donde el Mesías debería haber reinado.

Dios vela por todas las cosas, cuida de los suyos, cuenta los pelos de sus cabezas, hace que todo contribuya a su mayor bien, y todo en medio de un mundo que no posee. No únicamente desecharon su gobierno terrenal e inmediato, como en días de Nabucodonosor, y, en cierto sentido, de Saúl, sino que al Mesías, que debía reinar en la tierra, también le rechazaron y tuvo que asumir un lugar celestial después de resucitar. Este es el tema de la epístola.

La destrucción de Jerusalén, que tenía que acontecer en aquellos días, significó el borrado de las huellas de ese gobierno hasta que el Señor regresara. Terminaban las relaciones con Dios de un pueblo terrenal basadas en la responsabilidad humana. El gobierno general de Dios sustituyó al anterior. Un gobierno siempre es el mismo en principio, pero al haber sufrido, Jesús permitía que sus miembros también sufrieran. Hasta el momento del juicio, los malvados perseguirán a los justos, y estos deberán ser pacientes. Por lo que respecta a la nación, sus relaciones subsistieron hasta la desolación de la ciudad, y las esperanzas descreídas de los judíos fueron invalidadas por ese juicio. El apóstol habla aquí de un modo general, en vista del grave efecto de la verdad sobre el fin de todas las cosas, porque Cristo ya está preparado para juzgar y, si se demora, es debido a que Dios no quiere la muerte del pecador y prolonga el tiempo de la gracia.

Visto el fin de todo lo que estamos considerando, debemos estar sobrios y velar en oración, tener el corazón ejercitado para Dios, que nunca muta ni deja de ser, y nos guarda de los problemas y tentaciones de esta escena fugaz hasta el día de la cercana liberación. Antes que dejarnos llevar por las cosas visibles, debemos poner freno al yo, a la voluntad y alimentar la comunión con Jesús.

Esto permite al apóstol abordar la posición íntima que ocupan los cristianos, sus relaciones mutuas, no el gobierno de Dios en el mundo. Ellos siguen a Cristo porque son cristianos. Lo primero que el apóstol les exige es una caridad ferviente, no solo resignación (lo que evitaba cualquier estallido de la carne), sino una energía del amor que, al imprimir carácter a su camino y sus mutuas relaciones, dejaba prácticamente de lado la acción carnal y ponía de relieve la presencia y acción divinas.

El amor cubría multitud de pecados. No se refiere el apóstol al perdón máximo, sino a la nota tomada por Dios acerca de su actual relación de gobierno con su pueblo, dado que aún hoy tenemos esta relación con él. Si la asamblea muestra desavenencias, si hay poco amor, si la comunión entre los cristianos se practica con corazones fríos, los males y el resto de penas no se irán de Su vista; en cambio, si el amor, que no comete ningún mal ni muestra resentimientos, perdona tales cosas, tendrá en ello la ocasión de ejercitarse, siendo la condición que agrada al ojo divino, no al maléfico. Y si se cometen desmanes (pecados), el amor se ocupará de ellos, hará volver al ofensor, restaurándole con la caridad de la asamblea, y los pecados serán cubiertos y borrados delante de Dios. Es una cita de Proverbios 10:12: «el odio despierta rencillas, pero el amor encubre todas las faltas». Tenemos el derecho a perdonar, lavar los pies de nuestros hermanos (cf Stg 5:15 y 1Jn 5:16). No solo perdonamos, sino que el amor mantiene la asamblea en un buen estado y Dios puede bendecirla.

Los cristianos deben ejercer la hospitalidad con generosidad. La expresión del amor tiende a ejercitarla: ya no somos extraños los unos con los otros.

Los dones aparecen tras ejercitarse la gracia. Todo proviene de Dios. Como todos habían recibido el don, debían utilizarlo como mayordomos de la multiversa gracia de Dios. Es él quien da; los cristianos son siervos de la mayordomía divina, la cual cultivan de forma responsable. Tienen que retribuírselo todo y de manera directa a él. Si hablan, deben hacerlo como sus oráculos, es decir, hablando de su parte. Si alguien sirve en cosas temporales, que lo haga con un poder y habilidades que provengan de lo alto, para que, ya sea que uno hable o sirva, Dios sea glorificado en todo a través de Jesucristo. A él, añade el apóstol, sea la alabanza y el dominio.

Después de estas exhortaciones, pasa a hablar del sufrimiento por el nombre de Cristo. No iban a contemplar las fieras persecuciones que llegarían para probarlos como cosa extraña que pudiera sucederles. Por el contrario, ellos estaban directamente relacionados con un Cristo sufriente y rechazado, de modo que participaban de sus sufrimientos y se gozaban por ello. Pronto se manifestaría, y ese padecer por causa de él sería superado por un gran gozo en la revelación de su gloria. En consecuencia, debían regocijarse en poder compartir sus padecimientos y ser llenos de un gozo abundante cuando la gloria se revelara. Si eran vituperados por seguir el nombre cristiano, feliz situación la suya: el Espíritu los envolvía con su manto. Era el nombre de Cristo lo que les acarreaba vituperio. Él estaba en la gloria con Dios; el Espíritu, que vino de esa gloria, los llenaba de gozo cuando cargaban con este oprobio. Cristo era el vituperado, el glorificado, afrentado por los enemigos del evangelio, mientras que los cristianos poseían el gozo de glorificarle. Se observará que en este pasaje el creyente sufre por Cristo y, a resultas de ello, el apóstol habla de la gloria y del gozo ante la manifestación de Jesucristo, que no mencionan los pasajes 2:20 ni 3:17 (cf Mt 5:10 y los vv 11 y 12 del mismo capítulo).

Como malhechor, el cristiano nunca debía sufrir, pero si sufría con motivo de su condición no tenía de qué avergonzarse, sino glorificar a Dios. El apóstol vuelve a hablar del gobierno divino, dado que los sufrimientos de los creyentes implicaban otra serie de circunstancias. Para el individuo que sufría significaban la gloria, pues compartía los padecimientos de Cristo y el Espíritu glorioso y divino se lo ratificaba, para que todo redundara en abundante gozo cuando la gloria se revelase. Dios no se complace en ver sufrir a su pueblo, pero lo permitía, y si Cristo tuvo que padecer por nosotros, cuando no lo precisaba el que no conoció pecado, suele ocurrir que su pueblo necesita ejercitarse en tales sufrimientos. Dios utiliza a los malvados, los enemigos del nombre cristiano, para este propósito. Job es el libro que lo expone, dispensaciones al margen. No obstante, en todas las formas de relacionarse Dios, él ejerce sus juicios según el orden que ha establecido. Lo hizo con Israel, lo hace con la asamblea. Esta tiene una porción celestial, y si le coge cariño al mundo Dios solivianta al enemigo. Tal vez la persona que sufra esté llena de fe y de un amor devoto por el Señor, pero bajo la persecución el corazón ve que el mundo no le da tregua, y se da cuenta de que su porción y fuerzas deben de estar en otra parte. No somos del mundo, porque nos persigue. Si el siervo fiel ha de ser cortado de él mediante la persecución, fortalecerá su fe viendo la mano de Dios, pero el resto, de los que es cortado el siervo, sufre y cree que la mano divina sigue ahí, que sus tratos adoptan la forma del juicio para disciplinarlos siempre con un amor perfecto.

Dios juzga todo de acuerdo con su naturaleza. Desea que todos coincidan en esta cuestión. A ninguna persona recta y respetable le gustar tener cerca a personas impías. A Dios tampoco. Y para aquello que tiene más próximo, él debe desear especialmente que todo se corresponda con Su naturaleza y santidad, con lo que él es. Yo mantendría limpio mi entorno lo suficiente como para no degenerarlo, pero en mi propia casa debo querer la limpieza que personalmente deseo. Por tanto, el juicio debe comenzar en la casa de Dios —alusión a Ezequiel 9:6—. Es un principio solemne. Ninguna gracia ni privilegio modifican la naturaleza divina, así que todo debe conformarse a tal naturaleza o, finalmente, ser desterrado de su presencia. La gracia podrá acomodarse a nosotros, y de hecho lo hace, otorgando la naturaleza divina para que exista un principio de conformidad absoluta con Dios, pero en cuanto a una conformidad práctica en

pensamiento y acción, el corazón y la conciencia deben ser ejercitados de modo que el entendimiento del corazón, y los deseos a los que habitualmente aspira la voluntad, se formen por la revelación divina y sean dirigidos continuamente a él.

Ahora bien, si esta conformidad falla tanto que el testimonio divino se ve afectado por su ausencia, el que juzga a su pueblo y el mal en todas partes lo hace por medio de castigos que Él inflige. Los justos se salvan a duras penas; el juicio comienza en la casa de Dios. Evidentemente, no es la redención o la justificación lo que aquí se pretende exponer, ni la comunicación de vida: aquellos a quienes el apóstol escribe poseían la vida. Para él, la *salvación* no es solo el goce momentáneo de la salvación del alma, sino que tiene que ver con la completa liberación que va a obrarse en los fieles a la venida gloriosa de Cristo. Tiene en cuenta todas las tentaciones, las pruebas y los peligros por los que pasará el cristiano antes de llegar su fin. Todo el poder de Dios cumple un requisito indispensable introducido por su sabiduría para guiar la fe y sostenerla, poner al cristiano a salvo cuando cruza el desierto donde Satanás emplea los recursos más sutiles para que perezca. El poder divino lo conseguirá, pero desde el punto de vista humano los obstáculos son casi insalvables. Ahora bien, si los justos se salvan con dificultad, ¿qué pasará con el pecador y el impío? Sumarse a ellos no sería una forma de escapar de los problemas. Los caminos y gobierno divinos mantienen su juicio guiados por los principios del bien y del mal, y Él no se niega a sí mismo al tratar con el enemigo de nuestras almas. Al sufrir como cristianos, solo había que hacer una cosa: comprometerse con Aquel que atendía al juicio que estaba ejecutando, porque como venía de su mano, uno sufría al dictado de Su voluntad.

Observad aquí que no solo es el gobierno divino, sino que tenemos también la expresión «... como Creador fiel». El Espíritu de Dios se mueve en la esfera creacional. Es la relación de él con el mundo, y el alma le conoce como quien lo creó y no abandona la obra de sus manos. Esto es terreno judío. Dios es conocido en su relación con la primera creación. La confianza en él se basa en Cristo, pero sobre todo están sus caminos con el mundo y nuestra peregrinación. Él gobierna y juzga a los cristianos, puesto que un día juzgará también a todos los demás.

## Capítulo 5

El apóstol vuelve con más detalles. Exhorta a los ancianos, contándose él uno más, porque al parecer entre los judíos este título era más nominativo que distinguido (cf v 5). Los exhorta a que den de comer a la grey de Dios. El apóstol se designa a sí mismo testigo de los sufrimientos de Cristo que debía participar de la gloria que se revelará. Era función de los doce testificar de la vida de Cristo (Jn 15), y la del Espíritu Santo dar testimonio de su gloria celestial. Pedro se sitúa en los dos extremos de la historia del Señor, y deja este intervalo sin ninguna explicación ni significado específico, salvo la esperanza y la peregrinación hacia una meta. Había visto los sufrimientos de Cristo y compartiría Su gloria cuando él se revelara. Un Cristo entablando una relación con los judíos es ahora conocido por la fe. Había vivido entre ellos, aunque tuvo que sufrir su rechazo. Cuando se manifieste, volverá a las relaciones que sostenía con la tierra y esta nación, pero van a ser otras.

Pablo habla de manera diferente de todo, pero confirma las verdades de Pedro. Solo conoció al Señor después de su exaltación; no fue testigo de sus sufrimientos, pero buscó el poder de su resurrección y la comunión con sus sufrimientos. El corazón de Pablo está unido al Cristo celestial en lo alto; y, aunque desea que el Señor comparezca para restituir todas las cosas de las que hablaron los profetas, se regocija al saber que irá con gozo a su encuentro y que volverá con él cuando se manifieste desde el cielo.

Los ancianos debían apacentar el rebaño de Dios con una actitud dispuesta, no por imposición ni ganancia, como si administraran una herencia propia, sino como ejemplos para el redil. Se debía prodigar cariño hacia él, por el bien de Cristo, el Pastor principal, y por el bien de las almas. Además, era el rebaño divino al que debían alimentar. Pensamiento dulce y solemne.

¡Qué difícil valorar la idea de que sea nuestra grey tras asimilar el pensamiento de que pertenece a Dios y que él nos permite apacentarla!

Podemos observar que el corazón del bendito apóstol está donde el Señor había querido. «Apacienta mis ovejas» era la expresión de una gracia perfecta que se le mostró cuando el Señor le condujo a la humillante, pero saludable confesión, de que necesitaba el ojo escrutador de Dios para darse cuenta de que le amaba cual débil discípulo. En el momento en que le convenció de su absoluta nadería, le confió lo que le era más querido.

Vemos que es deseo del apóstol que apacentaran el rebaño. Como en otros muchos pasajes, no habla ni va más allá de la manifestación del Señor. Es en este periodo que los caminos de gobierno divinos —de los que los judíos formaban el centro terrenal— se manifestarán plenamente. Entonces se les dará la corona de gloria a los fieles, que habrán satisfecho el corazón del Pastor-jefe.

Los jóvenes debían someterse a los mayores, y todos ayudarse entre sí. Debían revestirse de humildad, porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Estos siguen siendo los principios de su gobierno. Llevados de su mano, pues, habrían de mostrar esta pátina, y a su debido tiempo serían exaltados. Esto los hacía adquirir un compromiso con Dios. Él sabía lo que les convenía. Quien los amaba los exaltaría en el momento oportuno. Se preocupaba por ellos, y debían esperar en él, confiarle todos sus cuidados.

Por otra parte, tenían que permanecer sobrios y velar, porque el adversario intentaba devorarlos. Aparte de sus artimañas, podía sin embargo acechar a los cristianos bajo los rasgos de un león rugiente y provocar una persecución enfurecida, de la que el apóstol quería advertirlos. Había que hacer frente al adversario con una fe acendrada. En todas partes ocurrían las mismas aflicciones. Sin embargo, el Dios de gracia era la confianza del cristiano. Él nos ha llamado a participar de su gloria eterna. El deseo del apóstol es que después de haber sufrido durante un tiempo los perfeccionen, los afiance, establezca y fortalezca, edificando sus corazones sobre una base inmovible. A él, añade, sean la gloria y el dominio.

Los cristianos a los que escribe estaban sufriendo. Les explica que estos sufrimientos obedecían a los principios de un gobierno con respecto, sobre todo, a su relación con Dios como casa, siempre y cuando aquellos fueran debidos a la justicia o al vituperio del nombre del Señor, solo por un espacio breve de tiempo. La esperanza del cristiano estaba en otra parte; la paciencia era de mucho agrado a Dios. Era gloria de ellos debérsela al nombre de Cristo, amén de que él juzgaba su casa y cuidaba a su pueblo.